ADMINISTRACIÓN LÌRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

LA SANTA CECILIA

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

LETRA DE

SALVADOR M. GRANÉS Y CALIXTO NAVARRO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. RAFAEL TABOADA Y D. ANGEL RUBIO



MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º

ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo

1892

LA SANTA CECILIA

LA
SANTA CECILIA

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

LETRA DE

SALVADOR M. GRANÉS Y CALIXTO NAVARRO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. RAFAEL TABOADA Y D. ANGEL RUBIO

Representada por primera vez en el TEATRO CIRCO DE PARISH la noche del 20 de Enero de 1892



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO 20

1892

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PAOLO	SRTA.	MASSANET.
LEONOR		PETROLANI.
BEATRIZ		GONZÁLEZ.
RUGIERO	SR.	MONTIANO.
MIGUEL ANGEL		BANQUELLS.
EL MARQUÉS		SENÍS.
SAMUEL		MENDIZABAL.
ASCANIO		LLORET.
PIETRO		BORRUEL.
HOMBRE 1.º		BOXÓ.
IDEM 2.º		MÁS.
IDEM 3.º		BUXÓ.
PAJE 1.º		PALMER.
IDEM 2.º		YURRUTI.

Bohemios, caballeros, damas, pajes, coro general, banda militar, sacerdotes, soldados, pueblo, reyes de armas, etc., etc. Acompañamiento y comparsas.

ACTO PRIMERO

Salón de la hosteria de «El Artista».—Al foro puerta de entrada.—A derecha é izquierda, puertas que dan á los comedorus de la hostería.—La de la derecha está abierta de par en par, y por ella se ven los resplandores de la iluminación y siéntese ruido de platos que se colocan sobre la mesa dsl festín.

ESCENA PRIMERA

CORO DE PAJES

Música

Allí donde vamos
traviesos los pajes,
sirvientes y amigos
de noble varón,
á cambio de endechas
pendencias y gajes,
nos rinden las bellas
su fiel corazón.

—

Si una morena
nos hace gracia
cuando á una rubia
queremos ya,
se la abandona
con diplomacia,
y con el tiempo
se olvidará.

Si prisionero—de amantes lazos
quiere estorbarnos—otro doncel,
son el remedio
los cintarazos,
hasta que en tierra
se dá con él.
Así la vida
vemos pasar,
brindando siempre
felicidad.
Jugando audaces
sin reflexión,
en las alegres
lides de amor.

ESCENA II

DICHOS y EL MARQUÉS, foro.

Hablado

MAR. ¿Está ya dispuesto todo?
PAJE 1.º Excelencia, nada falta;
las órdenes del señor,
han sido cumplimentadas.
MAR. Bueno, bueno; ¿de manera
que el festín que se prepara,
será un festín suntuoso
y digno de mi prosapia,
opíparo?
PAJE 1.º Como pocos.
MAR. No está demás, pues se trata
de dar de comer á artistas
que tienen hambre atrasada.
Vamos á ver, tú, Marcelo,
corre al Hotel de Romana
la bailarina, ya sabes,
aquella linda muchacha
á quien visito galante
dos veces cada semana,
y la dices que no puedo
ir esta noche á su casa,
pero que, en cambio, le envío,
como recuerdo, esta alhaja.(Dándole un estuche)

PAJE 2.º Así lo haré.
MAR. Tú, Miguel,
lleva á Felisa esta carta,
ya sabes quién es, la otra.
La pobrecilla me aguarda,
y, como estará impaciente,
quiero disculpar mi falta.
Dile que un grave motivo
hoy me impide visitarla,
que disculpe mi retraso
y que la veré mañana.
Vosotros... á vuestros puestos,
que la hora está cercana. (Vanse Paje 1.º y 3.º, foro. Los demás, derecha)

ESCENA III

MARQUÉS, después ASCANIO.

MAR. Me duele que Miguel Angel,
en el que yo confiaba
para presidir la fiesta,
no esté en Florencia ¡qué lástima!
Así me hubiera librado,
de tan enojosa carga,
y podría dedicarme
á mis amantes campañas.
ASC. ¡Señor Marqués!
MAR. ¡Hola, Ascanio!
Ya ves que honro tu morada,
y protejo tu hostería.
ASC. Os doy por ello mil gracias.
MAR. Hoy cobrarás un buen pico.
ASC. El precio justo me basta.
MAR. Harás mal, róbame, hombre,
aprovecha bien la ganga,
pon el precio duplicado,
porque el señor Marqués paga.
ASC. Ya sé que sois poderoso
y dueño de media Italia.
MAR. Y Director del Museo,
y protector de la raza
de los bohemios artistas

que comen mal y trabajan.
Por eso obsequio hoy aquí
á los que exponen estátuas
en el público certamen,
que se cerrará mañana.

ASC. ¡Quién sabe si alguno de ellos,
que hoy en el fango se arrastra,
pronto, ciñendo el laurel,
logrará riqueza y fama!
¡Si entre las Santas Cecilias,
cuya imagen veneranda
han reproducido todos,
está quizás la premiada!

MAR. Difícil es que suceda,
porque todas son muy malas;
con el estómago hambriento,
no hay artista que haga nada.
—Pero, hablando de otra cosa,
tengo que darte una grata
noticia.

ASC. ¿Cuál es?

MAR. Me caso.

ASC. ¿Y quién es, señor, la honrada?...

MAR. Pues me caso con la hija
de un senador, que se hallaba
proscripto, y por mi influencia,
del Gran Duque obtuvo gracia;
por cuya razón me ha dado,
de su hija la mano blanca.

ASC. ¿Un senador?

MAR. El de Acosta.

ASC. (Era mi noticia exacta.)

MAR. Su hija Leonor tendrá pronto
la honra, que codician tantas,
de ser mi esposa.

ASC. Yo os doy
la enhorabuena.

MAR. Mil gracias,
aunque mucho más que á mí,
á la novia debes dársela.
No sabes lo más chistoso:
se me ha dicho en confianza,
que un miserable bohemio,
tan pobre como las ratas,

quiere elevarse á mi altura
y disputarme la dama.

Asc. (La locura de Rugiero
trata de echármela en cara.)
Pero eso es un desatino,
señor, Marqués; ¿quién osara
atreverse á tanto?

Mar. Alguno
que recibes en tu casa;
pero le sigo la pista,
y he de castigar su audacia,
aniquilándole á él,
extinguiendo hasta su raza.
para que al pueblo le sirva
de provechosa enseñanza.

Asc. Y haréis bien, señor Marqués.

Mar. Consejos no me hacen falta.
Tenlo, presente, v no olvides
que yo profeso una máxima
muy útil en estos casos:
quien me la hace me la paga.
¡Mas, qué ruido!... (Voces dentro)

Asc. Serán ellos.

Mar. ¡No mueven mala algazara!
Si esto es antes de comer,
cuando hayan comido, ¡cáscaras!
(Vase Ascanio)

ESCENA IV

EL MARQUÉS.—Coro de Bohemios

Música.

Coro de homb. Salud al noble Apiani,
del arte protector.

Mar. Llegad, amigos míos,
que espera aquí el licor.
A mi vida de soltero
debo hacer punto final,
y mi afecto hoy os ofrece
suculento festival.

Coro Dichosa la mujer
que logra vuestro amor.

Mar. Lo debe agradecer
mi Leonor.

Por mis encantos personales
y por lo ilustre del blasón,
do quiera pechos virginales
logró rendir mi corazón;
y al obligarme el nuevo estado
á no pensar en ella más,
me voy á ver muy acosado
y habrá que darse á Barrabás.
Porque las mujeres
son tan caprichosas,
que trás lo imposible
corren con tesón,
y al que menos mira
y al que más las hiere,
es al que persiguen
con febril pasión.

CORO Porque las mujeres, etc., etc.

—

MAR. Hallé en las rubias mi delicia
en las trigueñas ví un placer;
sensibles fueron mi codicia;
fierezas tuve que vencer;
burlar su fé causó mi encanto;
mirando siempre enderredor
raudales cien de amargo llanto,
torrentes mil de ardiente amor,
porque las mujeres, etc.

ESCENA V

DICHOS y ASCANIO (foro)

Hablado

ASC. Un hombre de mal talante
ver quiere al señor Marqués.

MAR. Hazle entrar, ya sé quién es.
Os abandono un instante. (A los bohemios.)
Allá adentro, en el salón,
la mesa dispuesta está
Bebed míentras voy allá.

TODOS ¡Hurra!

JAC. ¡Viva el anfitrión! (Entran derecha.)

ESCENA VI

EL MARQUÉS y SAMUEL

SAM. Dispensad si os incomodo.
MAR. Mucho, Samuel, has tardado.
SAM. El tiempo no he malgastado.
MAR. ¿Sabes algo?
SAM. Lo sé todo.
Vuestras sospechas, señor,
no eran quimérico afán,
hay, con efecto, un galán
que ronda á doña Leonor;
ví esta mañana al doncel
bajo el balcón de la bella,
y á poco se asomó ella,
arrojándole un papel.
MAR. ¡Conque es decir que los dos
de acuerdo están contra mí!
¿Y él es el de siempre?
SAM. Sí.
¡El; Rugiero!
MAR. ¡Ira de Dios!
Un bohemio pordiosero
hacerme tamaño ultraje.
¡A un hombre de mi linaje!
¡A un hombre de mi dinero!
Cara pagará mi afrenta,
vengarme preciso es.
SAM. Descuidad, señor Marqués.
Eso corre de mi cuenta.
Tengo formado mi plan.
MAR. ¿Sin que falle?
SAM. Sin que falle.
Hoy le verán en la calle,
mañana no le verán.
MAR. ¿Cómo?
SAM. Rugiero, prestados,
mil ducados me pidió,
y tanto me suplicó,
que le dí los mil ducados.
Mas siempre con el propósito

de prevenir un evento,
firmar le hice un documento
en calidad de depósito.
Como pagar no le es dable,
y pagar es de rigor,
se prende al estafador
y á un calabozo.

MAR. ¡Admirable!
Convertir en criminal
á un deudor, no es muy correcto;
pero se logra el efecto
librarme de mi rival.
Respecto á los mil ducados
de la deuda, es cuenta mía.
En prueba de mi hidalguía
te los daré triplicados.

SAM. ¡Señor!...

MAR. Y presente ten,
si llega otro caso igual,
que yo nunca pago mal
cuando se me sirve bien.

SAM. Y yo de tan buena gana
sirvo al que me da dinero,
que os juro que el tal Rugiero
duerme en la cárcel mañana.

MAR. Confío en tu actividad.

SAM. Será mucha y breve el plazo;
corro á preparar el lazo.

MAR ¡Vé con Dios!

SAM Con él quedad.
(Saluda y vase foro.)

ESCENA VII

MARQUÉS después, JACOBO

MAR. A ese judío usurero
me asocio desde este instante...
Hay casos en que un tunante
es útil á un caballero.

JAC. (Saliendo puerta derecha.)
Os llaman con impaciencia
mis camaradas, señor.

MAR. (Con fatuidad.)
Voy á hacerles el honor
de honrarles con mi presencia.
(Vanse puerta derecha.)

ESCENA VIII

RUGIERO y PAOLO vienen puerta izquierda

RUG. Dos séres de mi albedrío
se reparten el tesoro,
el uno el ángel que adoro,
el otro tú, hermano mío.
PAOLO Amas, ¿Rugiero?
RUG. ¡Ay, de mí!
Amo, digo mal, no amo,
que la llama en que me inflamo
no es amor, es frenesí;
si lejos de ella hasta hoy
guardé el secreto con calma,
se me ha salido del alma
al ver que á su lado estoy.
Triste arrastré la existencia,
temiendo quizás su olvido;
mas hace poco he sabido
que de nuevo está en Florencia.
La he visto, y aunque un instante
tan sólo la pude hablar,
me adora, y para labrar
mi ventura, fué bastante.
Yo, por alcanzar su amor,
he de hacer cuanto me exija.
PAOLO ¿Es por ventura la hija
de Acosta, tu protector?
RUG. Sí, hermano; escucha un instante;
como el afecto del niño
llegó á engendrar el cariño,
el delirio del amante.
—Cuando el de Acosta emigró,
con él compartí el destierro;
Leonor y yo, desde niños,
habitamos bajo un techo;
ambos dimos al de Acosta

de padre el dictado tierno;
ella por deberle el ser,
yo por agradecimiento.
Juntos crecimos, no hay
en nuestra vida un suceso
en que no vaya enlazado
su recuerdo á mi recuerdo;
nuestros goces fueron unos,
nuestros pesares idénticos;
de su pena ó su alegría
era mi rostro el espejo.
Ambos todas las mañanas,
bulliciosos y risueños,
á depositar corríamos
en la misma frente un beso;
y al cerrarse nuestros ojos
fatigados por el sueño,
juntos subían á Dios
nuestros inocentes rezos,
y un sólo Angel da la Guarda
velaba nuestros dos lechos.
¡Cuántas veces, de la tarde
á los últimos reflejos,
enlazadas nuestras manos,
fija la vista en el cielo,
seguíamos pensativos
al sol que se iba escondiendo,
dejando fríos y tristes
los campos antes risueños;
y al pensar que nuestra dicha
contaba ya un día menos,
melancólica tristeza
embargaba nuestros pechos,
y una lágrima brotaba
en nuestros ojos á un tiempo,
porque avaros del presente
en que tan felices éramos,
la idea del porvenir
nos daba tristeza y miedo.
Y llegó un día en que aquel
dulce y fraternal afecto,
ensanchando su ambición,
trocóse en amor violento,
¡Amor, semilla divina

que en el alma vierte el cielo
y que sin notarlo el alma
va germinando allí dentro!
Y aquel día en nuestra mente
surgió un mundo de deseos;
las manos, que antes se unían
sin temor, ahora, á un ligero
roce, huían á esconderse
de las miradas del fuego;
abrasaba nuestros rostros
y balbucientes y trémulos
los labios, ni aun acertaban
á expresar los pensamientos.
Desde entonces es Leonor
mi único bien, mi embeleso.
Aun ausente de su lado
en todas partes la veo,
su alegría es mi alegría,
con sus pesares padezco:
es la esencia de mi alma,
es el aire de mi aliento,
es mi luz, mi bien, mi gloria,
mi norte, mi amor, mi cielo!

PAOLO Feliz tú á quien la fortuna
muestra un iris su bonanza;
aún tienes una esperanza;
yo no conservo ninguna.

RUG. ¿Quizás amas tú también?

PAOLO Amar no, que amar es poco;
idolatro como un loco;
pero ¡ay de mí! no sé á quién;
la prenda de mi pasión
ver por doquiera presumo,
y al ir tras ella, cual humo
desparece la visión.

RUG. ¿Mas quién es ella?

PAOLO No sé.
Un día que al templo fuí,
salir del templo la ví
y por mi mal la miré.

RUG. ¿Y no averiguaste?

PAOLO Nada;
verla no pude de nuevo,
mas poco importa, si llevo

su imagen aquí grabada.

RUG. Niño, no así tu cariño
busque tan pronto su ocaso.

PAOLO Este amor en que me abraso
no es el capricho del niño.

RUG. Para pensar de ese modo
aún es muy joven tu alma;
toma el consejo y ten calma,
que tiempo habrá para todo.
Deja insensato sufrir
y como yo en el cincel,
piensa que tú en el pincel,
hallarás tu porvenir.

PAOLO Tienes razón: hasta luego,
que allí el trabajo me espera. (Vase.)

ESCENA IX

RUGIERO

RUG. Gozar también yo quisiera
de la quietud y el sosiego,
mas no disfruta de calma
quien encuentra el mundo estrecho,
con su cariño en el pecho
y su recuerdo en el alma.
Verla logró mi ventura,
su vista alienta mi fé,
pero ¿cuándo lograré
ser dueño de su hermosura?

Música

Un rayo de esperanza
alumbra mi camino,
y del infiel destino
deshace la maldad.
Tras de la noche umbría
el sol brillar pretende,
y por los aires hiende
la luz de la verdad.
Rasga la bruma,
rompe ese velo

que de mi cielo
me separó,
y si al sepulcro
resiste fuerte,
dame la muerte,
supremo Dios.
Así, mi bien,
por tu recuerdo
santo y querido,
con ciega fe,
alma de mi alma,
luchar sabré.

(Apoya la cabeza entre las manos y se queda meditando, sentado á una mesa, sin reparar en Miguel Angel y Ascanio, que entran.)

ESCENA X

DICHO, MIGUEL ANGEL y ASCANIO

MIG. ¡Ah de casa!
ASC. ¡Entrad, señor!
MIG. Un vaso y una botella.
ASC. Mejor no lo habéis bebido. (Sirviendo.)
MIG. Sírveme pronto, y contesta:
La Hostería del Artista
¿es aquí?
ASC. Mirad la muestra.
MIG. ¿Sé yo leer por ventura?
ASC. Perdonad... vuestra apariencia..
MIG. Soy un pobre mercader,
de bolsa poco repleta,
y que al olor del certamen
hoy he llegado á Florencia.
ASC. Dicen que será soberbio,
asombroso.
MIG. ¡Dios lo quiera!
¿Aquí vendrán escultores
también?
ASC. Tengo clientela
de todo, mas el trabajo
no es su virtud predilecta.
MIG. ¿Bohemios?

ASC. Justo.
MIG. ¿Y borrachos?
ASC. Más hay de esos.
MIG. ¡Qué vergüenza!
ASC. Alguno nos está oyendo
que lo que es como él quisiera...
RUG. ¡Tío! (Levantándose.)
MIG. ¿Es artista este mozo?
RUG. Pretende serlo.
ASC. Cabeza,
corazón, instinto y brío,
pero gandul y tronera.
RUG. ¡Ascanio!
ASC. Sí, ponte rojo,
lo mismo que una mozuela;
mucho respeto, y en tanto,
que mazo y cinceles duerman.
(A Miguel.) Os digo que es una lástima,
y como él se corrigiera,
le miraran con envidia
más de dos que hoy le desprecian.
MIG. Siendo así, trabaja; el ocio
embota la inteligencia,
es fuego lento que al cabo
reduce el genio á pavesas.
RUG. Señor, ya que me calumnian,
justo es hacer mi defensa.
Ambición siente mi pecho;
amor al arte me alienta;
gloria quiero, lauros busco,
y al impulso de mi diestra,
de cada golpe una estatua
de entre mis manos saliera;
pero... obscuro, desvalido,
caminando entre tinieblas,
sin más norte que el instinto
ni otra voz que mi conciencia,
si mi cincel hiere el marmol
de mí el terror se apodera
y en vano la fiebre artística
agita mi mano trémula;
en vano sobre el granito
quiero modelar la idea;
tengo en la cabeza un mundo

y me dá miedo una piedra,
elevo al cielo mis ojos
y el sol del arte los ciega!

MIG. ¿Tanto de tí desconfías?

RUG. Lo que los demás me enseñan.
Cada sonrisa á mi paso,
cada sátira indiscreta,
cubre para un mes de polvo
mi comenzada tarea.

ASC. Debilidad de carácter.

RUG. ¿Yo?

MIG. O excesiva modestia.
Toma. (A Ascanio, dándole una moneda.)
(A Rugiero.) Mañana á la tarde
daré por aquí una vuelta;
espérame, apuraremos
juntos un par de botellas,
y quién sabe... yo en mis ocios
sigo del arte la huella,
y aunque no soy rico, suelo
llevar oro en la escarcela;
hablaremos, y tal vez
te pueda dar una idea.
Yo tengo debilidad
por servir á los que empiezan.

ASC. Pues nunca ocasión mejor:
un gran banquete celebra
hoy aquí la juventud
de la colonia bohemia;
allá dentro podéis verlos;
el Marqués paga la fiesta.

MIG. ¿Cómo?

ASC. Sí, el Marqués de Apiani.

MIG. ¿Está aquí? (Que no me vea.)
Pues, lo dicho, hasta mañana.

RUG. ¡Id con Dios!

MIG. (A Ascanio.) No le reprendas
de ese modo; más dulzura.

ASC. Yo...

RUG. (¡Cuál su voz me consuela!)

MIG. (Saliendo.) Pues, señor, tiempo perdido,
¡cuántas ilusiones muertas! (Vase foro.)

ESCENA XI

RUGIERO y ASCANIO; luego EL MARQUÉS, JACOBO y dos ó tres más del coro

ASC. ¿Lo ves? Siempre en los rincones
y esquivando la presencia
de las gentes, no se logra
nunca salir de su esfera.
RUG. ¡Tienes razón!
ASC. (Por la ventana.) ¡Cielos!
RUG. ¿Qué?
ASC. Mira... Un coche se despeña.
RUG. ¡Corramos! (Váse Rugiero corriendo.)
ASC. ¡Rugiero! Aguarda.
Tal arrojo es imprudencia.
(Gritos dentro. Sale el Marqués, Jacobo y algunos del Coro.)
MAR. ¿No oís?
ASC. Se lanza á su encuentro.
MAR. Van á faltarle las fuerzas.
ASC. ¡Los caballos siguen ciegos!
JAC. ¡Dios!
ASC. Se afianza en las riendas.
MAR. Lo arrastran...
ASC. Mas no le vencen.
JAC. ¡Jesús!
ASC. Con ellos dió en tierra.
MAR. ¡Buenos puños!
JAC. ¡Y buen brío!
ASC. De la carroza deshecha,
saca en brazos una dama.
MAR. Y otra en el carruaje queda.
JAC. Hacia aquí con ella viene.
ASC. ¡Bravo mozo!
MAR. ¡Cristo! Es ella!
¡Leonor! Y en sus brazos. Cara
le haré pagar tal proeza.

ESCENA XII

RUGIERO trae en brazos á LEONOR desmayada; BEATRIZ y ASCANIO ayudan á RUGIERO á colocar á LEONOR en una silla

ASC. (¡Leonor aquí!)
RUG. (A Ascanio.) ¡Dejad! (Saludándola.)
BEAT. ¡Señora!
MAR. (Acercándose.) ¿Alienta?
ASC. (¡La hija del senador!)
RUG. Calla, imprudente.
JAC. En breve se dará del lance cuenta.
BEAT. Ya pasa el accidente.
LEO. ¡Ay de mí!
RUG. (Bajo á ella.) ¡Leonor mía!
LEO. (Incorporándose.) ¿Qué?
RUG. (Bajo á ella.) ¡Prudencia!
LEO. ¡Rugiero!
BEAT. Le debemos la existencia.
RUG. (A Leonor.)
Feliz, señora, yo que he conseguido
conservar un tesoro tan preciado.
MAR. Si vos no fuérais, otro hubiera sido.
LEO. (¡El Marqués!)
RUG. Pues lo hubiera lamentado,
que es honra inmerecida
haber salvado tan preciosa vida.
LEO. Quien debe agradecer, os lo agradece,
y en sus ojos va escrito. (Le tiende la mano.)
MAR ¡Señora!
RUG. (¡Su contacto me estremece!)
Feliz, señora, yo.
LEO. (Estrechando la mano á Rugiero.) ¡Gracias!
MAR. (¡Maldito!
No quiero que se goce en mi coraje.)
(A Leonor.) A fuer de caballero
me permito brindaros mi carruaje,
no ofreciéndome á ser vuestro escudero.
porque el deber, por mucho que me apene,
hoy en estos lugares me detiene.
LEO. No os molestéis, Marqués.
MAR Al fin y al cabo

aunque de hermosa conseguísteis fama,
y mi afecto hacia vos es buen testigo,
si me dán un amigo y una dama...
(Con sarcasmo.)

LEO. ¿Optáis sin vacilar por el amigo?
MAR. Hembras hay muchas que nos vuelvan locos,
pero amigos de ley, se encuentran pocos.
RUG. Hidalgo proceder.
MAR. Hablar no os toca.
ASC. Perdonad.
MAR. Punto en boca:
Ningún plebeyo entrometerse debe;
delante del señor, calle la plebe.
RUG. (Bajo.) ¡Leonor!
LEO. (Bajo.) ¡Mañana!
MAR. (Cínica imprudencia.)
ASC. (Van á venderse.)
LEO. Cerca está Florencia.
Gracias. (A Rugiero.)
MAR. Pero...
LEO. Os estimo los favores.
MAR. Mi carruaje...
LEO. Iré á pié.
MAR. ¿Sóis inhumana?
LEO. (Bajo á Rugiero.) Mañana. (Alto.) ¡Adiós, señores!
RUG. (¡Mañana! ¡Qué distante está mañana!)
(Vase Leonor y Beatriz.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, menos LEONOR y BEATRIZ, á poco PAOLO

MAR. Terminado el incidente,
sin un rasguño esa dama,
saltando el vino en las copas
y el placer en nuestras almas,
adentro. (¡Voy á humillarle!)
Esperad, que me olvidaba. (A Rugiero.)
Mozo, tu acción debe ser
agradecida y pagada;
toma, bebe á mi salud. (Tirándole un bolsillo.)
RUG. ¿A mí esa ofensa?
MAR. ¿Qué pasa?

RUG. Recoged ese bolsillo,
que me ha azotado la cara,
y de paso una rodilla
hincad, pidiéndome gracia,
ó el brillo mate del oro
que por sus hilos escapa,
tinto en la sangre de un necio
va á quedar entre sus mallas.

MAR. (A los demás.) ¿Oís esto?

RUG. ¡Vamos pronto!

JAC. ¡Dejadle!

MAR. ¿Y si yo mandara
que te echasen de aquí á palos?

RUG. Intentadlo.

ASC. ¡Está en su casa!

MAR. Ascanio, ¿qué significa?

ASC. Es el hijo de mi hermana.

JAC. Arrogancia de hostelero.

PAOLO (Que habrá aparecido un momento antes.)
Y donde la suya acaba,
por si aún os parece poca,
dá principio mi arrogancia.

ASC. ¡Niño!

PAOLO Con alientos de hombre.

MAR. Quedad, pues, en paz y en gracia.

JAC. (Burlándose.) Es un complot de familia.

RUG. Es que mi sangre se exalta,
y, marqueses ó plebeyos,
váis á saber sin tardanza
que igual que sujeto potros,
puedo ahogar á los canallas.

ASC. ¡Rugiero!

MAR. ¡Favor!

PAOLO ¡Detente!

MAR. ¡A mí! ¡Favor! ¡Que me matan!

Música.

CORO ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?
¿Qué gritos son esos?

MAR. Este ruín villano
me faltó al respeto.

TODOS ¡Rugiero!

RUG. Yo mismo.

MAR. Al verle me exalto.
CORO Dispensad su audacia
y no le hagáis caso.
MAR. Yo debiera probar á ese loco
lo insensato de su proceder.
mas, por Dios, no me tengo en tan poco
que en contiendas me quiera meter.
ASC. Y PAOLO De la ofensa que quiso inferirte
castigado de sobra se ve,
y no debes con loca insistencia
provocar más conflictos con él.
RUG. La vergüenza colora mi rostro
y en luchar ya no tengo interés,
pues comprendo, mirando su apuro,
lo que sufre ese pobre marqués.
CORO No hagáis caso, señor, de ese loco
porque todos sabemos quién es,
y no debe por propio decoro
en contiendas meterse un marqués.
MAR. A beber, amigos,
vamos á beber.
CORO ¡Viva la alegría
y viva el placer!
PAOLO Vámonos, Rugiero,
no hagas caso de él.
RUG. ¡Alma de mi alma,
pronto te veré!

(Vanse por el foro Rugiero y Paolo; Ascanio se dirige á la derecha, y el coro, rodeando al marqués, entra por la izquierda.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La escena figura una plaza.—A la derecha el palacio Pitti.—Arcos de triunfo, banderolas, gallardetes, guirnaldas, etc., decorando las casas y el centro de la plaza.

ESCENA PRIMERA

PAOLO, JACOBO, PIETRO, hombres y mujeres del pueblo sentados en el suelo en varios grupos, como si acabasen de comer. Al levantarse el telón se oye la campana llamando al trabajo. Todos se ponen de pié. PAOLO á un lado, pensativo.

Música

MUJS. Ya suena del trabajo
la hora; á trabajar.
HOMS. A trabajar marchemos,
que falta poco ya.
TODOS De Santa Cecilia
el día glorioso
el sol de mañana
vendrá á iluminar.
De cintas y flores
en arcos de triunfo,
las calles ornemos
de nuestra ciudad.

(Suena dentro el clarín del pregón.)

UNOS Silencio.
OTROS Un pregón.
TODOS Oigamos lo que dice,
prestemos atención.

(Todos, menos Paolo, se dirigen al sitio donde sonó el pregón.)

PREG. (Dentro.) En nombre de S. A. Cosme de Médicis, primer gran Duque de Florencia, se hace saber: que mañana á las doce del día se cierra el concurso para la presentación de una estátua de Santa Cecilia. El artista vencedor será conducido en triunfo desde el lugar destinado á la exposición y al pie del altar mayor del nuevo templo del palacio Pitti, en donde Miguel Angel coronará su talento ciñéndole el Laurel de Oro. (Se oyen vivas y aplausos. El coro toma sus útiles é instrumentos de trabajo.)

PAOLO Una corona al talento,
ceñida por Miguel Angel,
del trabajo de cien vidas
es recompensa bastante.
¡Ay de mí! que mi hermano podría,
en esta ocasión,
ser quien tanta ventura alcanzase,
y no quiere, no!

CORO (Marchándose.) De Santa Cecilia, etc.

Hablado

JAC. ¿Qué tienes, muchacho? (A Paolo.)
PAOLO Nada.
JAC. Llorando estás, voto á Sanes. (Siguen hablando.)
HOM. 2.º ¿Oiste el pregón.?
HOM. 1.º Le oí,
y mañana, Dios mediante,
iré á la coronación,
más por ver á Miguel Angel
que á Juan de Bulóñ (1).
HOM. 2.º ¿A Juan?
HOM. 1.º Ese, de los contrincantes
será el agraciado.
HOM. 2.º ¿Y Pisc?
HOM. 3.º ¿Y Rolando?
HOM. 1.º No cansarse;
Juan de Bulóñ es el que
ha hecho la mejor imágen.
PIETRO Como que no hay en Florencia

(1) Está escrito como debe pronunciarse.

un escultor que le iguale;
es el que tiene más genio.

PAOLO (Que ha estado hablando con Jacobo.)
¿Más genio?

PIETRO Sí.

PAOLO ¿Tú qué sabes?

PIETRO Yo nada; pero lo dice
mi amo.

TODOS ¡Ah! (Como quien dice, eso es otra cosa.)

PIETRO El marqués de Apiani.

PAOLO Así juzga el pueblo, así
se le tacha de ignorante,
y con razón; eco sordo,
pero servíl, del magnate,
silba lo que oye silbar,
lo que ve aplaudir aplaude,
sin raciocinar siquiera
el por qué de lo que hace.

PIETRO ¡Paolo!

PAOLO ¡Infeliz artista!

JAC. Deja á ese chico que hable;
está loco, Pietro.

PAOLO Sí,
locuras son las verdades
cuando no halagan.

PIETRO (A Jacobo.) ¿No escuchas?

JAC. Te digo que no te canses.
Piensa el pobre que en Florencia
no hay escultor que aventaje
á su hermano.

PIETRO ¿Y quién es él?

JAC. ¡Si no le conoce nadie! (Riéndose.)

PAOLO ¿Y porque no le conozcan
se ha de decir que no vale?

JAC. Es una perla escondida (Burlándose.)
en el fondo de los mares,

PIETRO Un diamante sin pulir.

TODOS ¡Já! ¡já! ¡já!

PAOLO ¡Hierve mi sangre!

JAC. El pobre chico está loco.

CORO ¡Já! ¡já! (Todos se van riéndose.)

PIETRO Tiene gracia el lance.
(Váse tras los otros.)

ESCENA II

PAOLO, ASCANIO

PAOLO ¡Ira de Dios!

(En el momento que echa la mano á la daga y va a seguirlos, Ascanio le sujeta por el brazo izquierdo.)

ASC. ¿Dónde vas?

PAOLO ¡Ascanio, voy á vengarme!

ASC. ¡Vengarte! ¿de quién?

PAOLO ¿De quién?...

ASC. De quien no te ofendió.

PAOLO ¿Sabes?...

ASC. Lo sé todo.

PAOLO Se rieron
de mi hermano.

ASC. (Con ira.) ¡Mientes! Nadie
á tal cosa se atrevió,
pues aún tienen en sus fauces
la lengua, de que hacen uso,
sin que yo se la arrancase.
Se rieron del artista
ignorado y miserable,
á quien tú te has empeñado
en que rindan homenaje.
¿Qué ha hecho Rugiero en el mundo?
¿Dónde están sus obras de arte?
¿Qué escultura ha presentado?
Del talento que hace alarde,
¿qué pruebas dió? ¿Quién ha visto
algo suyo, que se iguale
con lo de Juan de Bulóñ,
Pisc, Rolando ó Miguel Angel?

PAOLO ¡Ascanio!

ASC Escucha, Paolo:
soy hermano de tu madre,
recibí su último aliento,
oí sus últimas frases.
Ascanio, me dijo, oye:
Voy á morir. Hay dos ángeles
en la tierra, á quienes dejo
en la orfandad: sé su padre. (Enternecido.)

PAOLO ¡Madre mía! (Llorando.)
ASC. Quedan bien,
en tanto que no les falte
la protección del de Acosta;
mas, si llegara á faltarles,
júrame velar por ellos...
Se lo juré. Y espirante
me dió un beso, murmurando:
—para mis hijos...
PAOLO ¡Ah, madre!
ASC. Y porque á sus hijos fuera,
exhaló el alma en la frase. (Corta pausa.)
ASC. A poco tuvo el de Acosta
que emigrar de aquí, llevándose
lo poco que le dejaron
que no se lo confiscasen.
Tú eras entonces muy niño,
y no quise separarte
de mí: tu hermano tan sólo
marchó con Acosta á Flandes.
Há un año ha vuelto á Florencia
Rugiero, y un año hace
que vives con él, Paolo;
¿por qué vivís miserables,
si él, trabajando, podría
hacer que nada os faltase?
PAOLO Es verdad.
ASC. Yo soy un pobre.
Apenas gano bastante
para mi sustento.
PAOLO Sí.
ASC. Tu hermano debe aplicarse,
si no por él, por tí, al menos;
es criminal, es culpable
su desidia. Así, Paolo,
no le disculpes, ni saques
la cara por quien contigo
tan mal se empeña en portarse.
PAOLO ¡Ascanio!
ASC. Es un vago, sí,
un mal hermano, un infame.

ESCENA III

PAOLO

Música

Madre del alma mía,
madre del alma,
vuelve amante los ojos
á mi desgracia.
Vuélvelos, madre,
suplicando al Eterno
que á sí me llame.
De mi angustiado pecho
huye la calma,
y es la vida que arrastro
triste y amarga;
tanto padezco,
que en la muerte tan sólo
tendré consuelo.

ESCENA IV

PAOLO y RUGIERO

Hablado

RUG. Paolo, ¿lloras?... ¿Qué pena
tus ojos ha puesto rojos?
PAOLO El viento fué, que á mis ojos
trajo, sin duda, la arena.
RUG. No, yo lo quiero saber;
pronto, ¿quién te ofendió? Dí.
PAOLO ¿Quién me ha de ofender á mí,
ni por qué me han de ofender?
RUG. Huellas creí ver del llanto
en tu rostro.
PAOLO Es aprensión
nacida de tu pasión.
RUG. Es verdad. ¡Te quiero tanto!
Por no verte á tí sufrir

lucho de la suerte en pró
ten fé cual la tengo yo,
confía en el porvenir.
No siempre el destino vario
tan hostíl se ha de mostrar,
y vé que, por hoy, pensar
otra cosa es necesario;
pues rápido el tiempo pasa
sin que nada darnos pueda,
y desde anoche, no queda
un florín en nuestra casa.

PAOLO ¡Ay! bien lo sé.

RUG. No me apura
su falta.

PAOLO ¿Y qué vás á hacer?

RUG. Vé á casa, y en el taller
hallarás una figura.

PAOLO ¿La Santa Irene?

RUG. Sí, aquella:
á Samuel vete á buscar,
á ver si te quiere dar
los tres ducados por ella.

PAOLO Todas nos las paga así.

RUG. Que esta compre es menester.

PAOLO ¡Voy!

RUG. No tardes en volver.

PAOLO ¿Dónde me esperas?

RUG. Aquí.

ESCENA V

RUGIERO, luego BEATRIZ

RUG. Pobre niño; el sufrimiento
siente ya dentro del alma,
y apenas sale á la vida
le persigue la desgracia...

BEAT. ¡Caballero, protejednos!
En esa calle inmediata,
por una turba de locos
nos hemos visto acosadas
mi señora y yo.

RUG. ¡Por Cristo!

tal acción pagarán cara.
Seguidme.

BEAT. Dios os lo premie...
Pero ved, por allí avanzan
trás mi señora.

RUG. Mi acero
los tendrá, no temáis nada.

ESCENA VI

DICHOS y LEONOR, que cubierta con un manto viene perseguida por el MARQUÉS DE APIANI y Coro de nobles, yéndose á escudar tras de Rugiero

Música

LEO. La turba me sigue,
salvadme por Dios.

RUG. Mi brazo os defiende.

LEO. ¡Rugiero!

RUG. ¡Leonor! (Reconociéndola.)

CORO, MAR. La pobre paloma
rendida cayó.

RUG. No temas, que juro
velar por tu honor.

MAR. Tapada misteriosa,
descubre tu semblante.
que el alma quiere ansiosa
beber su luz radiante.
Si esquiva á nuestro anhelo
cubierta sigues ya,
mi mano pronto el velo
del rostro arrancará.

RUG. Atrás, ó por mi nombre
la ofensa vengaré.

CORO, MAR. En vano un solo hombre
nos quiere detener.

LEO. Si avanzan soy perdida.

CORO Veámosle la faz.

RUG. Haré pagar mi vida. (Desenvainando.)

ESCENA VII

DICHOS y MIGUEL ANGEL

MIG. Villanos, ¡alto! (Saliendo por el foro.)
TODOS ¡Ah!
MIG. ¡Perseguir á la inocencia!
¡Insultar á una mujer!
¿No os reprende la conciencia
tan menguado proceder?
¿Es hidalga la impudencia?
¿No es cobarde el deshonor,
ó es que ya no hay en Florencia
ni hidalguía ni valor?
CORO Para hablar así,
razón tiene á fé.
MAR. Descuidad, que yo
os disculparé.
Sin temor, bella tapada, (A Leonor.)
ya de aquí podéis marchar,
y la broma, aunque pesada,
bondadosa dispensad.
RUG. Si el temor de otra emboscada
os retiene aquí quizás,
de mi honor acompañada
él en salvo os dejará.
LEO. Vuestra acción nunca olvidada
en mi pecho quedará,
y en valor tal amparada
bien seguro mi honor vá.
MIG. Misteriosa es la tapada,
y me induce á sospechar,
verla así tan recatada,
que ella es dama principal.
CORO. Sin temor, bella tapada,
ya de aquí podeis marchar,
y la broma, aunque pesada,
bondadosa dispensad.
Adiós, Marqués,
la partida empeñada
salió al revés.

MAR. Hasta después,
la partida empeñada
salió al ravés.

(El coro se vá por un lado. Rugiero conduce á Leonor hasta las gradas del templo.)

Hablado

RUG. Adiós, Leonor. Necesito
hablarte.
LEO. Luego á esta plaza,
durante la ceremonia,
saldré.
RUG. Acudiré sin falta.

(Leonor entra en el templo y Rugiero vase por la izquierda, después de saludar á Miguel Angel.)

ESCENA III

MIGUEL ANGEL y el MARQUES

MAR. A tiempo, en verdad, llegásteis
de evitar una desgracia,
pues ya ese doncel, queriendo
prestar apoyo á la dama,
llegó á provocarnos y...
MIG. Marqués, ver en vos me extraña
tan poco juicio; á las artes
vuestra vida consagrada
debe estar, y estos excesos
vuestra dignidad rebajan.
Un director del Museo
artístico, que malgasta
el tiempo buscando lances
y persiguiendo á las damas...
MAR. ¡Costumbres de nuestro siglo!...
Y tales calaveradas
siempre están bien en los nobles.
MIG. ¡Pero, Marqués!
MAR. Todo es caza:
¿qué más da campo ó poblado?
MIG. ¿Y el arte?
MAR. El arte, me halaga.

Vos sabéis mejor que nadie,
cuánto al arte rindo párias,
pues de mi especial afecto
os he dado pruebas hartas,
y no es la menor dignarme
cruzar con vos la palabra,
á pesar de lo elevado
de mi alcurnia y de mi raza.

MIG. Sé lo que hay de vos á mí,
y la infinita distancia
de mi humilde condición
á la vuestra, ilustre y alta:
más como no envidio otra,
con la que tengo me basta.

MAR. La vuestra es la posición
del talento, muy sagrada;
la mía es la de la estirpe,
la del oro, que es más grata,
y la mía es la señora,
porque es siempre la que paga.

MIG. Dejemos eso, Marqués,
y hablemos de lo que os plazca.

MAR. Decís bien. ¿Cuándo llegásteis
á Florencia?

MIG. Esta mañana.

MAR. ¿Y habéis visto ya al Gran Duque?

MIG. Aún no: lo que yo anhelaba
era ver la exposición.

MAR. Nunca ha habido otra más vasta
en Florencia, ¿no es verdad?
¡Cuántas maravillas! ¡cuántas!
Bien se conoce que yo
me encargué de organizarla.
¿Y qué es lo que habéis hallado
más digno de encomio?

MIG. Nada.
Figuras sin expresión,
sin formas, amaneradas;
no hay una sola obra artística
entre aquel montón de estátuas.
La mismo sucede en Roma,
el arte ha huido de Italia.
Mentira, señor, parece
que el siglo á que dieron fama

los nombres de Rafael
y de Vinci... Pero basta...
no imaginéis que es la envidia
la que dicta mis palabras.

MAR. ¿Envidia vos?... ¿Y de quién?

MIG. Hay quien tal vicio me achaca:
tengo muchos enemigos,
y es justo... Estoy en mi patria.
Dicen que soy envidioso...
¿Envidioso... yo?

MAR. Quien habla
así de vos, no os conoce.

MIG. Escuchad. La noche aciaga
en que murió Rafael,
corrí anhelante á su casa,
y al acercarme á su lecho,
la angustia, el dolor me ahogaban.
La Transfiguración, esa
maravilla, esa obra magna
del divino Rafael,
se hallaba al pie de su cama.
Parecía que la imagen
del Salvador no esperaba,
para remontarse al cielo,
mas que á llevarse su alma.
¡Rafael, yo tu cadaver
humedecí con mis lágrimas,
cubrí de besos tus manos
por el arte consagradas!...
—Pues bien, al salir de allí,
lleno de tristeza amarga,
Vásari me hizo observar
que los grupos me miraban,
buscando en mi rostro huellas
de una alegría bastarda,
porque nadie mi dolor
que era sincero pensaba.

MAR. Desechad asos recuerdos.
y no habléis de una desgracia
que, aunque grande para el arte,
hay quien pueda repararla.
Quedáos aquí en Florencia,
donde os respetan y os aman.
¿Qué interés os lleva á Roma?

MIG. Roma es mi segunda patria.
No bien la coronación
termine, me pondré en marcha.
MAR. ¿Y no asistís á mi boda?
MIG. No, porque el tiempo me falta.
MAR. Lo siento.
MIG. ¿Qué ruido es ese?
MAR. Son dos hombres que regañan...

ESCENA IX

DICHOS, SAMUEL, PAOLO

PAOLO Hereje, perro, bribón.
SAM. ¡Socorro! ¡Que se propasa!...
PAOLO ¡Infame!
MAR. Pero, ¿qué pasa?
PAOLO Que este judío ladrón
se ha propuesto, por lo visto,
hacer hoy con los cristianos
lo mismo que sus paisanos
hicieron antes con Cristo.
SAM. No hagáis caso; es que se venga
injuriándome.
PAOLO Sí, á fe.
MAR. Contad qué es ello, y daré
la razón al que la tenga.
PAOLO No podemos entendernos:
es un tunante, un rufián,
un usurero, al que están
reclamando en los infiernos.
MIG. (El muchacho es atrevido
y no se muerde la lengua.)
PAOLO Oíd, señor, para mengua
de este bribón, lo ocurrido.
Mi hermano, escultor novel,
entre angustias y amarguras,
suele hacer unas figuras,
—monigotes, según él.—
Este vil, por la primera
cuatro ducados me dió,
y en igual precio ofreció
comprar cuantas le trajera.

Pero sabiendo después
que vivimos apurados,
en vez de á cuatro ducados
todas me las paga á tres.
Y aun hoy á ofrecerme viene,
—de pensarlo pierdo el tino,—
medio ducado mezquino,
ved... por esta Santa Irene.

MIG. A ver... (Cogiéndola.)

PAOLO Y el faltar al trato
no es lo que más me ofendió,
sino que al decirle yo,
«queréis comprar muy barato,»
repuso, «quien hambre tiene,
no es fácil que mucho aguarde:
tu hermano y tú, pronto ó tarde,
me daréis la Santa Irene.»
Pero yo sabré con brío
romper sus traidores lazos.
Primero la hago pedazos,
que dársela á este judío.

MIG. (Que ha estado examinando la figurita.)
Tal trabajo, á simple vista,
no es de un escultor novel:
quien maneja así el cincel
es un verdadero artista.
(Enseñándola al Marqués.)
¿Qué opináis vos?

MAR. Mi opinión
con la vuestra está conteste.
(Yo no entiendo. Pero éste
la alaba, y tendrá razón.)

MIG. Si esta figurita bella
queréis venderme, yo soy
mercader también, y doy
treinta ducados por ella.

PAOLO ¡Treinta ducados!... ¡Ya es rico
mi hermano! Mas no... no quiero...
No vale tanto dinero
un monigote tan chico.

MIG. Al mostrarte satisfecho,
mal su mérito comprendes.
Ni tú sabes lo que vendes,
ni tu hermano lo que ha hecho.
¿Te conviene?

PAOLO Sí, señor.
SAM. Yo no sufro...
PAOLO ¡Por Dios vivo!...
Como su dueño exclusivo,
la vendo al mejor postor:
tú nada tienes aquí:
es vuestra. (A Miguel.)
SAM. Puede pesarte.
MIG. Yo mañana iré á llevarte
su importe... ¿Tu casa?...
PAOLO (Señalando una de la plaza.) Allí.
Llamad, que ya hallaréis quien
razón os dé.
MIG. Iré temprano.
¿Cómo se llama tu hermano?
PAOLO Rugiero Scolta.
MIG. Está bien.
SAM. Piénsalo, Paolo...
PAOLO Quita.
MAR. Mas, ¿qué intentáis?
MIG. Conocerle.
Tendré mucho gusto en verle;
anúnciale mi visita.
MAR. Pensad que presido yo
la fiesta, y el tiempo pasa.
MIG. Os dejaré en vuestra casa.
MAR. ¿No queréis asistir?
MIG. No;
de fiestas cansado ya,
busco quietud y aislamiento.
MAR. (Dicen que tiene talento...
lo dicen... ¡verdad será!) (Vánse ambos.)

ESCENA X

PAOLO y SAMUEL

SAM. Habiendo sido testigo
de esa venta, en mi conciencia
está hacerte una advertencia;
una advertencia de amigo.
Durante tu enfermedad,
y al veros tan apurados,

dí á Rugiero mil ducados.
PAOLO Es falso.
SAM. No; es la verdad.
Como prevenido vivo,
le hice firmar á propósito
escritura de depósito,
en vez de un simple recibo.
PAOLO ¿Y qué intentas?
SAM. Reclamar
hoy la deuda, si me place,
y si no la satisface
puedo hacerle encarcelar.
PAOLO ¡Ah, perro! Mal se contiene
mi furor.
SAM. Haz lo que quieras;
pero evitarlo pudieras
dándome la Santa Irene.
PAOLO ¡Nunca!
SAM. Advierte...
PAOLO ¡Basta ya,
huye á mi furia, villano!
SAM. Sea; esta noche tu hermano
en la cárcel dormirá. (Váse Samuel.)

ESCENA XI

PAOLO

¿Prender á Rugiero?... Cara
tan vil acción le saliera.
Si capaz de hacerlo fuera,
por Cristo, que le matara.

ESCENA XII

PAOLO y RUGIERO

RUG. ¡Paolo!
PAOLO ¡Hermano!
RUG. ¿Cumplido
está mi encargo?
PAOLO Há un instante

que en un precio exorbitante
la Santa Irene he vendido.

RUG. ¿Samuel, por ventura?...

PAOLO No.
Otro que tu genio alienta,
y que, elogiándola, treinta
ducados darme ofreció.

RUG. ¡Bien vendida!

PAOLO En conocerte
mostró un empeño prolijo;
le dí las señas, y dijo
que iría mañana á verte.

RUG. ¿Será mercader?

PAOLO Tal creo.
Pero parece un buen hombre,
y de averiguar tu nombre
manifestó gran deseo.

RUG. Quizá tenga algún capricho
que encargar.

PAOLO No sé ha explicado.
—¿Sabes que Samuel me ha dado
un susto?

RUG. ¿Pues qué te ha dicho?

PAOLO Al ver que no quise yo
malvenderle la figura,
me dijo que una escritura
le has firmado; y que si no
se le paga al reclamar
su importe, que está en su mano...

RUG. ¿El qué?

PAOLO ¿Qué dirás, hermano?
El mandarte encarcelar.
Yo, al pronto, me quedé yerto.
Temblé, Rugiero, por tí;
pero después comprendí
que era falso.

RUG. Pues es cierto.

PAOLO ¿Qué dices?

RUG. Sí; mas temor
no abrigues, porque mi estrella
hoy aparece más bella
iluminando mi amor,
y por sus rayos guiado,
apartar quiero de mí

esa inercia que hasta aquí
me hizo vivir olvidado.

PAOLO ¡Piensa bien lo que te impones!

RUG. Ciña mi frente el laurel,
ó haga mi propio cincel
pedazos mis ilusiones.
Si es que en mí de artista hay algo
dentro de poco he de ver,
porque ya es fuerza saber
lo que soy y lo que valgo.

PAOLO Bien, Rugiero; al fin germina
en tu pecho la ambición.

RUG. ¡Oh!... Mira; la procesión
(Se oye tumulto dentro.)
ya hacia el templo se encamina.

PAOLO Es cierto; Florencia ufana
hoy ese templo inaugura.

RUG. Y en cambio, cuánta amargura
habrá en Florencia mañana.
Mañana, allí, entre el sonoro
clamor de un pueblo ferviente,
Miguel Angel, á una frente
ceñirá el laurel de oro.
¡Ay de mí! Contar podrás,
cuando se abran esas puertas,
muchas esperanzas muertas:
¡Italia un artista más! (Banda dentro y lejana.)

PAOLO Mas, ¿tú?...

RUG. (Para sí y como tomando una resolución.)
De un hombre la suerte
pronto será decidida;
vida sin gloria no es vida;
pues bien, la gloria ó la muerte.

ESCENA XIII

DICHOS y la procesión, que empieza á pasar por el orden siguiente: primero, la banda militar, que sale tocando y permanece en la escena, un oficial y soldados, el Marqués Apiani, con estandarte de las armas de Florencia, y dos pajes llevando las cintas; un fraile y dos monaguillos con otro estandarte de una imagen, un caballero y dos pajes con otro estandarte de las armas de Médicis, caballeros, frailes, y dos monaguillos con cruz y ciriales, banda, reyes de armas, dos obispos y dos caballeros, llevando las varas del palio, debajo del cual va un arzobispo; sacerdotes, caballeros y soldados; cerrando la marcha, el pueblo; las campanas tocan á vuelo; todos entran en el templo incluso la banda militar; Rugiero y Paolo, descubiertos, permanecen en la escena; poco después, Leonor, con otras damas, aparece en las gradas de la iglesia

Música

CORO (Durante la procesión.)
A bendecir el templo
Florencia entera vá; (Señalando al templo.)
mañana allí de un genio
la gloria lucirá.
(Leonor aparece en las gradas del templo.)
RUG. ¡Silencio, hermano; es ella! (Hablado.)
PAOLO ¿Quién?
RUG. La que adoro.
PAOLO (Reconociéndola.) ¡Ah!
La misma que yo amaba.
(Música del órgano dentro.)
¡Muere, esperanza, ya!
LEO. (En las gradas.) Una frente aquí mañana
ceñirá el laurel.
¡Ay! ¿por qué, suerte tirana,
no ha de ser la de él. (Señalando á Rugiero.)
PAOLO Agostó mi flor temprana
vendabal cruel:
de mi bien, tal vez mañana,
dueño será él.

ESCENA XIV

DICHOS y SAMUEL, que aparece con el coro de esbirros, y cantan en el foro mientras RUGIERO figura hablar con LEONOR

SAM.
CORO { Chito, chito,
despacito;
el que habéis de prender allí está.
CORO No hay cuidado,
que el malvado
su delito á pagar pronto vá.
Chitón, chitón,
que no se nos escape el bribón.
(Paolo permanece sumido en sus reflexiones. Rugiero se acerca á Leonor.)
LEO. Conquista el lauro hermoso
que al genio el arte dá,
pues si el luchar fatiga,
glorioso es el triunfar..
Al verte grande, digno
de mí te juzgarán,
y en premio de tu gloria
mi mano alcanzarás.
RUG. Leonor del alma mía,
mis dudas cesan ya;
por tí la gloria ansío,
la voy á conquistar;
quizás mañana mismo
mi nombre aclamarán.
En pos de gloria corro.
¡Adiós!
LEO. ¡Adiós!
CORO (Deteniéndole.) ¡Atrás!
En nombre del Gran Duque.
RUG. ¡Ah!
SAM. Y CORO Dáos á prisión.
RUG. ¿Yo?
PAOLO Y
LEO. { ¡Cielos!
RUG. A lo menos,
decid por qué razón.
CORO ¿Preguntáis la razón?

Pues prestad atención:
El honrado comerciante que aquí está,
mil ducados en depósito os dejó,
pero al ir á reclamároslos hoy, vió
que hasta el último os habéis gastado ya;
y, pues fué vuestro propósito
estafar al buen Samuel,
el abuso de depósito
en la cárcel pagaréis.

RUG. ¡Mentira, infame!
SAM. (Al coro.) ¡Prendedle!
RUG. ¡Atrás!
CORO A la justicia
no resistáis.
PAOLO Al que á mi hermano
ose tocar
le hundo en en el pecho
este puñal.

ESCENA XV

DICHOS y todos los que salen del templo: MARQUÉS, ASCANIO, etcétera. LEONOR se cubre con el velo

TODOS ¡Qué gritos, qué escándalo!
¿Qué sucede aquí?
CORO Y SAM. Reo es este pícaro
de una estafa vil.
LEO. ¡Rugiero!
PAOLO ¡Canalla!
ASC. (Le pierdes así.)
MAR. ¡Prendedle!
LEO. ¡Dios mío!
RUG. ¡Adiós, porvenir!

CONCERTANTE

Coro de esbirros y coro general, MARQUÉS y SAMUEL

SAM. Un ejemplar escarmiento
la ley al momento con el debe hacer,
para que llegue á noticia
del que á la justicia se quiera oponer.

LEO. Cuando logré con mi acento,
audacia y aliento á su alma volver,
no es á mi intento propicia
la fiera codicia de un vil mercader.

RUG. Ella infundió con su acento
audacia y aliento á todo mi ser,
y ahora mis planes desquicia
la fiera codicia de un vil mercader.

PAOLO Cuando de gloria sediento
el lauro al talento corría á obtener,
mata su fe la avaricia,
la fiera codicia de un vil mercader.

ASC. Ruda es la pena que siento;
salvarle al momento es hoy mi deber,
ya que perderle codicia
la fiera avaricia de un vil mercader.

TODOS Llevadle, pues, (A los corchetes.)
á la prisión,
y haced callar
á ese bribón.

LEO. ASC. Y PAOLO Le salvaré
de la prisión.

RUG. He de vengar
tan vil traición.
¡Adiós, Leonor!

LEO. ¡Adios!

LOS DOS ¡Adiós!

(Los esbirros se llevan á Rugiero, que hace esfuerzos por desasirse. Leonor cae desmayada en brazos de Beatriz. Paolo y Ascanio siguen á Rugiero. Cuadro final.)

FIN DEL ACTO NEGUNDO

ACTO TERCERO

Telón corto.—Estudio de un escultor, mesa y sillón. Esculturas, bosquejos, etcétera, etc. En el frente, y tapada por una cortina, que podrá descorrerse á su tiempo, una imagen de talla de Santa Cecilia, de mármol blanco. Al levantarse el telon, Paolo dormita, sentado en el sillón y recostado en la mesa.

ESCENA PRIMERA

PAOLO dormido. El coro de esbirros dentro

CORO (Dentro.) En nombre del Gran Duque,
abrid sin dilación;
abrid á la justicia,
que ejerce su misión.
Abrid, abrid,
¡ó, voto á Satanás,
la falta de obediencia
habréis de lamentar!

PAOLO (Dormido y soñando.)
Dulce bien mío,
grata ilusión,
no me abandones,
por compasión.
Oye mi acento,
ven junto á mí...
tu imagen bella
guardo yo aquí...

CORO ¡Ah, de la justicia!
Abrid, abrid.

PAOLO Oye mi acento,
ven junto á mí.
CORO En nombre del Gran Duque
abrid sin dilación, etc.

ESCENA II

PAOLO, SAMUEL y esbirros

PAOLO ¿Llaman?... ¡Me quedé dormido!
¿Será Rugiero quien llama?
Veamos... Samuel! (Abriendo.)
SAM. (Entrando con el Coro.) Paolo.
PAOLO ¿Qué buscas en esta casa?
SAM. Lo que tu hermano me debe
y con excusas bastardas
se niega á pagar.
PAOLO Judío,
ten cuenta con lo que hablas,
ó yo sabré poner coto
á tu insolente arrogancia.
SAM. No te incomodes, Paolo,
la justicia me acompaña,
y orden traigo de embargar
lo que más me satisfaga.
PAOLO ¡Vive Dios!
SAM. Las esculturas
que contemplo en esta sala,
aunque muchas, valen poco,
y su importe no me basta.
(A los esbirros.) Veamos tras ese lienzo,
donde quizás otra estátua
hallemos.
PAOLO (Interponiéndose.)
¡Atrás, esbirros!
No dé un paso vuestra planta,
ó el primero que se acerque
prueba el temple de mi daga.
SAM. Paolo...
PAOLO ¡Atrás os he dicho!
SAM. Vé que las leyes me amparan.
PAOLO Samuel: para mí el primero

esa cortina es sagrada,
y por Dios, no has de ser tú
quien se atreva á profanarla.

SAM. Tu hermano me debe...

ESCENA III

DICHOS y ASCANIO

ASC. Mientes:
toma: no te debe nada. (Le arroja un bolsillo.)

SAM. Dispensad... ¿Hay cien ducados?

ASC. Cuéntalos.

SAM. No; no hace falta.

PAOLO Gracias, Ascanio.

ASC. Paolo.

SAM. Tomad. (Dándole un papel.)

ASC. Vete, antes que te haga
medir el espacio que hay
de ese balcón á la plaza.

SAM. (A los corchetes.)
Seguidme. (Me voy con oro,
aunque me voy sin venganza.)

ESCENA IV

PAOLO y ASCANIO

PAOLO Gracias, Ascanio; en el nombre
de mi pobre hermano, gracias.

ASC. Obrando así, cumplo sólo
una promesa sagrada;
salvarle ofrecí á tu madre,
y le he salvado... y me basta.

PAOLO Pero vos sóis pobre, Ascanio,
y la suma que adeudaba
Rugiero, era grande. ¿Cómo
habéis podido encontrarla?

ASC. He vendido cuanto había
de algún valor en mi casa.
¿Qué me importa la miseria
si le libro de la infamia?

PAOLO ¡Corazón grande y sublime!
¿Y érais vos quien se quejaba
de Rugiero... quien decía
que era un vago?

ASC. Si sus faltas
reprendo, si su pereza
más de una vez le eché en cara,
no es por no amarle... ¡no amarle
á él!... ¡al hijo de mi hermana!
Es porque yo he presentido
que tu hermano tiene un alma
de artista, que en su cerebro
arde del genio la llama...
es porque quisiera verle
siendo la gloria de Italia.

PAOLO Lo será, Ascanio. Esa fe
que alienta vuestra esperanza,
alienta también la mía...
Hay una voz que no engaña;
la del corazón. Rugiero
tenderá un día las alas.
El aire de la miseria
asfixia el genio y le mata;
pero si encumbrarse logra
á otra atmósfera más alta,
el genio es astro brillante,
que alumbrado por la fama,
desde el cielo de la gloria
su luz sobre el mundo irradia.

ASC. Quiera el cielo que muy pronto
se realicen tus palabras.
Adiós.

PAOLO ¿Os váis?

ASC. Sí. Rugiero
en la prisión aún se halla,
y á darle la libertad
quiero correr sin tardanza.

PAOLO Decís bien; marchad, Ascanio,
y que el cielo os premie tanta
solicitud.

ASC. Muy en breve
entrar le verás en casa,
y si de esta no escarmienta,
de el no hay ya que esperar nada.

ESCENA V

PAOLO, después LEONOR y BEATRIZ.

PAOLO — Oh, sí, es preciso animarle;
es necesario que salga
de esa inacción que le abruma
y que sus ensueños mata.
(Leonor, cubierta con un manto y acompañada de Beatriz se presenta en la puerta.)
LEO. — Beatriz, esperad ahí fuera. (Váse Beatriz.)
PAOLO — ¡Dios mío!
LEO. — ¿Es esta la casa
de Rugieró?
PAOLO — Sí, señora.
LEO. — Y decid; ¿sabéis si se halla
en libertad?
PAOLO — Debe estarlo
en breve.
LEO. — (¡Dios me escuchaba!)
Quisiera... verle...
PAOLO — Esperarle
podéis
LEO. — ¿Dónde?
PAOLO — En esta sala.
(Ella es, no me cabe duda.)
LEO. — Le esperaré.
PAOLO — Por si tarda,
iré yo mismo á buscarle.
(¡Me ahogo!) Señora... (Váse.)
LEO. — ¡Gracias!
Dudas encierra mi pecho,
¡angustia siento en el alma!

ESCENA VI

LEONOR

Música

LEO. — ¿Por qué el alma siente
tristeza y pesar?
¿Si vé sonriente

su estrella brillar?
Si de flores un camino,
el destino me mostró,
con angustia ven mis ojos
que de abrojos se cubrió.
¡Ay de mí!
¿Para qué,
si han de ser mis amores así
amar soñé?

ESCENA VII

LEONOR y RUGIERO.

RUG. (Entrando.) ¡Leonor!
LEO. ¡Rugiero amado!
¡No verte más creí!
RUG. Tu amor, dueño adorado,
veló tal vez por mí.
LEO. Tortura inexplicable
mi pecho padeció;
que estando tú cautivo,
no estaba libre yo.
Por eso la ventura,
queriendo de los dos,
fervientes mis plegarias
subían hasta Dios.
RUG. Si un Angel de la Guarda,
mi infancia custodió,
velar por mí ha sabido
el ángel de mi amor.
Por eso mi respeto
reparto entre los dos;
que unidas sus plegarias.
llegaron hasta Dios.

—

LEO. Ya rotas las cadenas,
feliz te puedo ver.
RUG. Si fué la pena horrible,
inmenso es el placer.

Hablado

LEO. ¡Rugiero!
RUG. ¡Leonor querida!
Mi vida sin tí no es vida.
Por eso llamé á la muerte,
que era por mí preferida
al suplicio de no verte.
Y hoy al respirar tu aliento
es tal la dicha que siento,
como de tí separada
el alma, gimió angustiada
víctima de su aislamiento.
¿Más cómo hasta aquí has venido?
LEO. Nunca me hubiera atrevido
á dar tal paso, Rugiero:
pero ¡ay! el destino fiero
á venir me ha decidido.
RUG. Habla, Leonor.
LEO. Cruel muerte
van mis palabras á darte,
pues hoy la contraria suerte
al obligarme á perderte,
también me manda olvidarte.
RUG. ¡Cielos!
LEO. Mi padre, que ignora
nuestro amor, quizás funesto,
sin ver la llama traidora
quc nuestras almas devora,
mi casamiento ha dispuesto.
RUG. ¿Qué escucho?
LEO. El mandato aleve
que á nuestra dicha se atreve,
mis sueños viene á turbar,
y al marqués de Apiani en breve
mi mano debo entregar.
RUG. ¿Y así tu labio inhumano
lo dice?
LEO. Sé que destruyo
tu esperanza...
RUG. ¡Hado tirano!
LEO. Mas nunca daré mi mano
siendo mi corazón tuyo.

RUG. ¡Leonor!

LEO. Ignoro qué suerte
nos reserva el porvenir;
mas si un día he de perderte,
quiero mil veces morir
antes que dejar de verte.

RUG. Adiós, porvenir querido,
por mis ensueños mecido;
yo anhelaba fama y gloria,
y hoy, al ver mi bien perdido,
borrar quiero su memoria.
Yo soñé que, al genio fiel,
el mundo, con voz ferviente,
me aclamaría en tropel,
viendo ceñida mi frente
por el divino laurel,
y hoy ese laurel divino
miro hundirse en lontananza;
que el vendabal del destino
á tronchar el tallo vino
de la flor de mi esperanza.
De mis amantes quimeras
ángel puro ser pudieras;
¿por qué al destino le plugo
que en vez de ser ángel, fueras,
tan hermosa, mi verdugo?

LEO. No, Rugiero; tu fortuna
cambiar puede en un momento
si al trabajo fe se aduna,
que si ennoblece la cuna,
más ennoblece el talento.

RUG. ¡Imposible!

LEO. Vuelve en tí;
si en noble cuna nací,
y tú en esfera más baja,
yo te amo; ten fe y trabaja
para llegar hasta mí;
ancho campo á tu ambición
te brinda esa exposición
que oro y porvenir concilia.

RUG. ¡Ah, sí, mi santa Cecilia!

LEO. Corre en pos del galardón,
y cuando ya satisfecho
el mundo á tu gloria estrecho

mires, podré placentera
gritar: yo fuí la primera
que hizo latir ese pecho.
Yo conquisté ese tesoro
de más quilates que el oro,
rindiéndole mi albedrío,
y á cambio de un «yo te adoro»
hoy ese tesoro es mío.

RUG. ¡Ay de mí, vano es luchar!

LEO. ¿Y tú pretendes amar?
Si has trabajado y si tienes
la estátua, ¿en qué te detienes
que no la vas á llevar?

RUG. Si un loco afán abrigó
mi pensamiento al hacerla,
contra un deber se estrelló,
porque nadie puede verla,
nadie, Leonor, más que yo.
Por la pasión impulsado,
sin advertirlo, he copiado
tu rostro en esa escultura,
y si algo en ella he creado
es debido á tu hermosura.

LEO. Quiero ver tu obra.

RUG. ¡Perdón!

LEO. ¿A mostrarla no te atreves?

RUG. Mírala (Descorriendo la cortina.) Dí tu opinión.

LEO. Es preciso que la lleves
hoy mismo á la exposición.

RUG. No, Leonor; mi fantasía
copió en esa estátua fría
tus encantos seductores,
y publicarla, sería
publicar nuestros amores.

LEO. Pues bien, aunque el mundo entero
escarnezca mi memoria,
grande, ilustre, verte quiero:
¿qué vale mi honor, Rugiero,
comparado con tu gloria?

RUG. ¡Mi gloria! Si á sus reflejos
pudiera sacrificarte,
fueran vanos tus consejos:
esa estátua está muy lejos
de ser una obra de arte.

El amante, no el artista,
hizo en ella su ideal:
mas hoy, Leonor, á tu vista,
sé cuánto la copia dista
de tu hermoso original.
No hay en la belleza fría
de esa inmóvil escultura,
la encantadora harmonía,
la celestial hermosura
que en tu imagen me extasía.
Tus ojos de luz son centro,
y en los de mi estátua encuentro
glacial mirar, muda calma:
¡quisiera tener tu alma
para encerrarla allí dentro!

LEO. Ten confianza y valor,
yo á mi padre nuestro amor
hoy mismo confiaré,
y nunca su afecto fué
insensible á mi dolor.

RUG. Tal vez la pasión te ciega.

LEO. ¿Qué padre no abre sus brazos
á un hijo que llora y ruega?

RUG. Vé, pues, pero si se niega
haré la estátua pedazos.

LEO. De la dicha corro en pos.

RUG. Tiembla que no se destruya
la ventura de los dos.

LEO. Rugiero, juro ser tuya
ó morir. ¡Adiós!

RUG. ¡Adiós!

(Corre la cortina que cubre la estátua.)

ESCENA VIII

RUGIERO y en seguida PAOLO.

RUG. Su voz me alienta: luchemos.
y aunque horrible desengaño
destruya mis ilusiones,
probar suerte es necesario...
Corro á ver las esculturas
que al concurso han presentado.

Para vencer, es preciso
conocer al adversario.
¡Paolo!

PAOLO (Saliendo.) ¡Rugiero!

RUG. Es fuerza
que salga un instante: en tanto,
que nadie corra ese lienzo,
hoy más que nunca te encargo:
en cuanto á tí...

PAOLO Vé tranquilo.

RUG. Lo sé, y muy en breve, acaso
mañana, pueda decirte
el secreto que allí guardo.

PAOLO Cuando tú nada me has dicho,
será que debo ignorarlo.

RUG. Adiós, pues. (Vase.)

PAOLO ¡El te acompañe!

ESCENA IX

PAOLO, y después MIGUEL ANGEL

PAOLO En pos de ella corre, acaso.
¡Ay, triste de mí! Ya puedo
dar libre rienda á mi llanto
sin que mentida sonrisa
tenga que plegar mis labios.
Ellos se aman, son felices;
y no he de ser yo el obstáculo
que á su ventura se oponga.
Este amor tan insensato
creció en silencio, y la tumba
en silencio ha de encerrarlo.

MIG. (Entrando.) ¡Aquí debe ser!

PAOLO ¿Quién?... ¡Ah!
¿Sois vos?

MIG. ¿Te extraña? Aquí traigo
la cantidad convenida.

PAOLO En verdad que sois exacto...
Aquí teneis la figura.

MIG. Venga, pues; el trato es trato.
¿Estás sólo, por lo visto?

PAOLO Sí, señor, sólo: mi hermano

ha salido hace un momento.
Si le queréis ver, sentáos;
poco tardará en volver.

MIG. ¿Tú también te has dedicado
al arte de la escultura?

PAOLO No, señor; dibujo.

MIG. ¡Ah, vamos!...
(Examinándolos.)
¿Y estos bocetos, sin duda,
son debidos á tu mano?

PAOLO ¿Entendéis?...

MIG. Muy poca cosa.
Pero con todo, aquí hallo
mucha verdad: este término
está poco despegado
del fondo; pero se advierte
buen instinto en el trabajo.

PAOLO ¡Muchas gracias!

MIG. El conjunto
es agradable. Y tu hermano,
¿en qué se ocupa?

PAOLO En hacer
esculturas, del tamaño
de esa que habéis adquirido.

MIG. Esto es poco, aunque ya es algo.
¿Por qué no se arriesga á hacer
obras grandes? ¿No ha pensado
quizás en labrar alguna
Santa Cecilia?... En el caso
presente tal vez...

PAOLO Lo ignoro:
y si lo ha hecho, no ha juzgado
prudente decirme nada.

MIG. ¿Pero tú sospechas algo?...
No hay por qué guardar secreto,
y hasta es inútil callarlo,
porque al fin los mercaderes
tenemos muy buen olfato.

PAOLO Como él aquí por las noches
trabajar suele encerrado,
nada, señor, sé de cierto;
pero hará cosa de un año
que, aunque ignoro para qué,
vi entrar un trozo de mármol

bastante grande, sin que haya,
hasta el presente, logrado
saber qué hizo de él.

MIG. Quizá
tras ese lienzo... ¡Veamos!
(Vá á descorrer la cortina.)

PAOLO (Interponiéndose.)
Teneos, señor, teneos,
él me prohibió tocarlo,
y sus deseos son órdenes
para mí: si ahí encerrado
mi porvenir estuviera,
antes cortara mi mano
que descorrer ese lienzo.

MIG. Respeto digno y extraño.

PAOLO Rugiero por mí daría
la vida, á ser necesario,
y yo pagando su afecto
le reverencio y le amo.

MIG. Esa conducta te honra.
Mas, dime, ¿quién le ha enseñado
el oficio? ¿qué maestros
ha tenido?

PAOLO Dos muy sabios.

MIG. ¿Y son?

PAOLO La naturaleza
y Miguel Angel.

MIG. (Halagado.) ¡Ah!... ¿y cuándo
y dónde con este último
estudiar pudo tu hermano?

PAOLO En todas partes, señor;
Miguel Angel es un astro
que vivifica y alumbra
toda Italia con sus rayos.

MIG. ¿Tal le juzgas?

PAOLO Aún es débil
cuanto digo; sin embargo,
en Génova apenas hay
obras suyas.

MIG. ¿Sois acaso
genoveses?

PAOLO Sí, señor.
Y solamente hace un año
que vivimos en Florencia.

MIG. Está bien: mas ya que tanto
tarda Rugiero, ¿quisieras
mostrarme algunos trabajos
de los suyos?

PAOLO ¿Por qué no?
Ahí dentro debe haber varios.
Si permitís...

MIG. Vé por ellos.

PAOLO Voy, voy al punto á buscarlos (Vase.)

ESCENA X

MIGUEL ANGEL

¡Oh, sí! Rugiero es artista,
no creo haberme engañado;
trás esa cortina oculta
su estatua mejor, acaso.
¿Y ha de quedar en la sombra?
Tal vez indigno es el paso;
¡pero todo por el arte! (Descorre la cortina.)
¡Santo Dios! ¿Qué estoy mirando?
Es una obra maestra.
¡Así la ocultaba tanto!
Más ahora que bien me fijo,
falta un no sé qué á ese mármol;
no hay la expresión que debiera
en ese rostro, y la mano
del escultor, temerosa,
no marcó bien esos rasgos;
inexperiencia ú olvido...
Aqui hay cinceles y mazo...
Demos el último toque;
no sé por qué estoy temblando.
(Dá algunos lijeros golpes en la estatua.)

ESCENA XI

DICHO y PAOLO

PAOLO ¡Ah!... ¿Qué hacéis? (Saliendo.)

MIG. (Corriendo la cortina.) ¡Ya está acabada!

PAOLO ¡Eso es indigno! ¡Es villano!
El estudio de un artista
debe ser siempre sagrado.
MIG. De mi visita te ofrezco
que ha de acordarse tu hermano.
PAOLO ¡Para maldeciros!
MIG. No;
yo te lo juro. ¡Dios Santo!
Gracias, sí, gracias mil veces;
mis sueños se han realizado.
PAOLO ¡El se acerca!
MIG. Pues, silencio;
ni una palabra.
PAOLO Mas, cuando
advierta de la manera
que obedecí sus mandatos,
cuando contemple su obra
por vos destruída acaso...
MIG. Nada dirá; yo lo fío.
PAOLO ¿Qué habéis hecho?
MIG. ¡Calla, ingrato!

ESCENA XII

DICHOS y RUGERIO, que, sin verlos, entra preocupado

RUG. (Darme á conocer quería,
y ahora, ¡ay de mí! estoy temblando.
Aquella estatua de Juan
de Boloñ, aquel...)
PAOLO ¡Hermano!
mucho has tardado, ¿qué tienes?
RUG. Nada: sino que al acaso
la Exposición entré á ver,
y noté que entre los varios
trabajos que allí se encierran,
los hay sublimes.
MIG. (Que se habrá ido acercando.)
No tanto.
RUG. ¡Ah!... ¡Caballero!...
PAOLO El señor
es el mercador que ansiando
conocerte, vino...

MIG. Sí;
yo soy el que os ha comprado
la Santa Irene...
RUG. Y por cierto
en precio bastante caro.
MIG. Eso prueba que hasta ahora
habéis, Rugiero, ignorado
lo que podéis hacer.
RUG. ¿Cómo?
MIG. Procurad no abandonaros
y aprovechad más el tiempo.
RUG. ¿Me conocéis?
MIG. No, más trato
de conoceros.
RUG. ¿Quién sois?
MIG. Mi nombre aquí no es del caso;
pero sabed, que entre todas
las estatuas de que hablamos
hace un instante, no hay una
digna del premio
RUG. ¡Es extraño!
¿Estáis bien seguro?
MIG. Sí.
RUG. Para poder apreciarlo,
es necesario entenderlo.
¿Sois vos escultor acaso?
MIG. Quién sabe!... Dejad que estreche
con mi mano vuestra mano;
sabed que soy vuestro amigo
y anhelo poder probároslo.
Tal vez, para conocernos,
tendremos tiempo sobrado
Adiós.
RUG, Pero esas palabras...
MIG. ¡Constancia y fe en el trabajo! (Vase.)

ESCENA XIII

RUGIERO y PAOLO

RUG. ¡Constancia y fe!... Sí, verdad;
calle la desconfianza,
y sepamos lo que alcanza

la fuerza de voluntad.
Hasta aquí un santo deber
guardar sigilo mandaba;
mas hoy que el motivo acaba,
vas mi secreto á saber;
y es que si Dios nos auxilia,
temer no debemos nada;
que yo también terminada
tengo una Santa Cecilia.

PAOLO ¡Ah, Rugiero!... (Temeroso.)

RUG. ¿Tu deseo
será verla?

PAOLO (¡Estoy perdido!)
Piensa... (Queriendo detenerle.)

RUG. Ya estoy decidido:
¡Mira! (Descorriendo la cortina.)

PAOLO ¡Hermano!...

RGU. (Mirando la estatua.) ¡Dios!... ¿Qué veo?
No es un sueño que alucina...
¿Ese hombre que ha estado aquí?...
¡Responde!...

PAOLO (Turbado.) Pero...

RUG. ¡Habla!...

PAOLO (Balbuciente.) ¡Sí!...

RUG. ¿Ha corrido esa cortina?

PAOLO (Suplicante.) ¡Perdón!

RUG. ¿Ese mármol frío
ha tocado su cincel?

PAOLO ¡Ay, sí, Rugiero! (Con angustia.)

RUG. (Muy gozoso.) ¡Es Miguel!
¡Es Miguel Angel!

PAOLO (Con alegría.) ¡Dios mío!

RUG. Sí; quien un rostro de arcángel
hace que en el mármol quede,
es Miguel Angel; no puede
ser otro que Miguel Angel.

PAOLO ¡Oh, placer! ¿él te alentó?

RUG. Es cierto, y con rostro ufano
pidióme estrechar mi mano.
¡Dichoso! ¡Dichoso yo!

PAOLO Tu justo gozo adivino,
que el suyo escuda tu nombre,
y una predicción de ese hombre
es una orden del destino,

Valor, Rugiero; la historia
tuyo un recuerdo tendrá;
vuelve en tí, porque hoy será
tu primer día de gloria.

RUG. ¡Paolo!.. ¡hermano!.. mi vista
se nubla, y no, no es la muerte.
Sufro la emoción más fuerte
que sufrir puede un artista.
Saltar del pecho en pedazos
pretende mi corazón.

PAOLO ¡Cálmate!

RUG. Tienes razón.

PAOLO ¡Rugiero!

RUG. Ven á mis brazos,
y formen dulces cadenas
sobre tu cuello querido;
tú, con quien he compartido
mis temores y mis penas.

PAOLO Tu ventura empieza hoy,
que no ha de verse turbada
ni por nadie ni por nada.

ESCENA XVI

DICHOS y un PAJE

PAJE ¿Rugiero Scolta? (Desde la puerta.)

RUG. Yo soy.

PAJE En vuestro dicho me fío.

RUG. ¿Qué queréis?

PAJE (Dándole un pliego.) Tomad, señor,
de parte del senador
Andrea Acosta.

RUG. (Tomándole.) ¡Dios mío!
(La dicha encierra este pliego;
no sé lo que por mí pasa;
mas su contacto me abrasa,
cual si dentro hubiera fuego.)

PAOLO Ten bríos.

RUG. ¡Bien lo quisiera!

PAOLO Da ese temor al olvido.

RUG. A todo estoy decidido;
sea, pues, lo que Dios quiera.

(Rompe el sobre, y después de dudar un momento, empieza á leer. Paolo corre la cortina.)

«Rugiero, todo lo sé;
mas una deuda sagrada,
de mi palabra empeñada
me obliga á guardar la fé.
Por el Marqués recobré
título, hacienda y honor,
y aunque me agobie el dolor,
antes que padre soy hombre,
y debo salvar mi nombre
sacrificando á Leonor; (Breve pausa.)
Contempla con madurez,
aunque á tu dicha se opone,
los deberes que me impone
mi estado, y sé tú mi juez;
si hoy á mi triste vejez
volver el honor procura
un hombre, y de su ventura
cuentas me pide severo,
¿qué he de hacer? Guarda, Rugiero,
guarda bien esa escultura.
Lisa Giacondo se vió
deshonrada, en el instante
que Vinci, artista y amante,
su retrato publicó:
¿Harás tú lo mismo?.. No;
tú eres honrado, eres bueno,
y no has de estar tan ajeno
al deber, que con tu mano
quieras dar muerte á un anciano
que te dió amparo en su seno.»
(Breve pausa. Declamando.)
¡Ay de mí!.. Nunca me ha herido
golpe que más me aniquile.

PAJE ¿Tiene respuesta?

RUG. Sí; dile
que... (Suspirando.) que será obedecido,
y que esto debe bastarle. (Vase el paje.)

PAOLO ¿Qué te pasa? ¡Estás inquieto!

RUG. (Dándole la carta.)
Ya que sabes mi secreto,
mira si debes guardarle.
Marcada, sin duda, está

mí suerte, ¡suerte terrible!
PAOLO (Después de leer.)
¡Oh! ¡Pero esto es imposible!
No puede ser, no será.
El no te puede exigir
que así tuerzas tu camino.
RUG. No es Acosta, es el destino
quien mata mi porvenir.
PAOLO Esa estátua pudo ser
reproducción de memoria.
RUG. Mezquina fuera mi gloria
si faltase á mi deber.
Lisa de Gioconda, no era
del Marqués Apiani amada,
y por Leonardo impulsada
sufrió la deshonra fiera.
PAOLO Ve que tu nombre precisa
dejar en el abandono.
RUG. Ni yo ser Vinci ambiciono,
ni en Leonor verán á Lisa.
De negra duda al través
un porvenir vislumbraba,
y gloria y nombre anhelaba
para ponerlo á sus piés;
mas hoy que el destino fiero
pone fin á esta zozobra,
todo en el mundo me sobra;
ya, sin su amor, nada quiero.

ESCENA XV

DICHOS y LEONOR

PAOLO ¡Ah! (Viéndola entrar.)
LEO. ¡Rugiero!
RUG. ¡Qué imprudencia!
LEO. Verme llegar no te asombre;
vengo á decir que tu nombre
es conocido en Florencia.
Alguno la estatua vió,
y su valor comprendiendo,
entusiasta, á lo que entiendo,
su mérito publicó;

y ya el artista novel,
obscuro y hasta ignorado,
es por un pueblo aclamado
para ceñir el laurel.

PAOLO ¡Gracias, Dios mío!

RUG (Abatido.) Tu padre
nos negó su asentimiento.

LEO Rendido por tu talento,
cederá mal que le cuadre.

RUG. ¡Ya su mandato acaté!...

PAOLO } ¡Rugiero!
LEO. }

RUG. Y aunque me aflija,
mientras Acosta lo exija
mi palabra mantendré.

LEO. Piensa, Rugiero, que así,
pierdes mi amor al perderte.

PAOLO Que todos, sin conocerte,
su vista han fijado en tí.

RUG No puedo... ¡Ay de mí!...

LEO. Comprende
que das mi amor al olvido,
y que por todos querido
tu nombre los aires hiende.

PAOLO Es cierto, ¿no oyes rumor
confuso en la plaza?

RUG. ¡Sí!

LEO. Ellos tal vez.

PAOLO (Mirando por la ventana.)
¡Hacia aquí
se acerca un grupo!

RUG. ¿Leonor,
qué has hecho?

LEO. Si vienen...

RUG. (Asaltado por una idea.) ¡Ah!
Pronto, ven á este aposento,
que mientras yo tenga aliento,
nadie acercarse osará. (Leonor se oculta puerta izquierda.)

PAOLO Rugiero, Rugiero, es él,
(Mirando de nuevo por la ventana.)
¡es Miguel Angel!

RUG. ¿Qué dices?

PAOLO ¡Sí, sí!... ¡Ya somos felices!...

Se paran... ¡crece el tropel!...
RUG. (Desanimado)
Tal vez será una ilusión.
PAOLO No; tu estrella está en bonanza,
y el soplo de la esperanza
reanima mi corazón;
¡de ese tumulto el alarde,
tu genio es quien lo motiva!
UNA VOZ ¡Viva Rugiero! (Dentro.)
PAOLO ¿Oyes?
VARIAS (Idem.) ¡Viva!
PAOLO ¡Te vitorean! (Con alegría.)
RUG. (Con desprecio.) ¡Ya es tarde!

ESCENA XVI

Vecinos y Vecinas, luego MIGUEL, el MARQUÉS y acompañamiento, LEONOR oculta

Música

VECINOS / VECINAS } Aquesta es la casa,
entremos aquí,
pues todos queremos
su genio aplaudir.
MAR. (Entrando con Miguel y séquito.)
En nombre del Gran Duque,
que el parabién os da,
la estatua que habéis hecho
venimos á buscar.
TODOS (Por Rugiero.)
Es él.
RUG. Esa escultura
no imaginé jamás
llevarla ante el concurso,
y nadie la verá.
LEO. (Desde la puerta del aposento en que está oculta tras la cortina.)
Su gloria y su fortuna
me sacrifica al par.
MIG. Preciso es que al Gran Duque,
Rugiero, obedezcáis. (Estrechando su mano.)
PAOLO (Bajo á Rugiero.)
¡Hermano! ¡es Miguel Angel!

RUG. (Inclinándose ante él.)
¡Señor! ¡cuánta bondad!
MAR. (A sus criados.)
Detrás de esa cortina
la estatua debe estar.
RUG. (Dirigiéndose hacia la cortina, irguiéndose precipitadamente y cerrándole el paso.)
Teneos.
LEO. (Oculta.) ¡Cielo santo!
MIG.
PAOLO } ¡Rugiero!
RUG. ¡Atrás!... ¡atrás!...
CORO Con fiereza le responde,
y á luchar resuelto está.
Un misterio aquí se esconde:
¿qué será?... ¿qué no será?...
MAR. Basta de súplicas;
ya es menester
que augustas órdenes
cumplimentéis. (Dirigiéndose á la cortina.)
RUG. Pues harto rogué en vano;
primero que os la dé,
la estatua por mi mano
pedazos mil haré.
(Ha tomado un martillo, y se dirige frenético con él levantado para romper la estatua.)
MIG. ¡Sacrílego! (Deteniéndole.)
LEO. (Saliendo.) ¡Rugiero!
CORO ¡Una mujer!
MAR. (Reconociéndola.) ¡Leonor!
RUG. ¿Qué intentas?
(Cayendo desfallecido en los brazos de Paolo.)
LEO. Salvar quiero
su gloria con mi honor.
MAR. (A Leonor.)
Creí que á una noble, creí que á una dama
había ofrecido mi nombre y mi fe;
mas hoy, la que ultraja su estirpe y su fama,
no espere que nunca mi mano la dé.
LEO. La torpe calumnia ya insulta mi fama:
baldón de Florencia mañana seré;
mas si él sacrifica su gloria á quien ama,
es justo que en pago mi honra le dé.
MIG. Aquí de un misterio se oculta la trama;

mas pronto de todo la causa sabré;
si grande el artista su genio proclama,
más grande, más alto, al hombre se vé.

PAOLO La torpe calumnia ya insulta su fama;
su frente de oprobio cubierta se vé;
de amor en mi pecho revive la llama;
y yo contra todos su escudo seré.

CORO Aquí de un misterio se oculta la trama,
mas pronto de todo la causa sabré;
turbada y confusa se encuentra la dama,
y en gran compromiso su fama se vé.

RUG. La torpe calumnia ya insulta su fama;
su frente de oprobio cubierta se vé;
mas si sacrifica su honor á quien ama,
es justo que en pago mi gloria le dé.

LEO. Pues bien, yo soy su amada.
(Descorriendo la cortina.)
Mi imagen ved aquí.

RUG. ¿Qué has hecho, desgraciada?

MAR. ¡¡Es ella!!

CORO ¡¡Es ella!! (Señalando á la estátua.)

LEO. ¡Sí!
Aplauso para el arte
oprobio para mí.

MIG. Acción tan sublime
no humilla jamás:
la estátua al concurso
llevada será.
(A Leonor.) A ver al Gran Duque
corramos los dos,
premiar puede al genio
premiando su amor.

LEO. ¡Señor!

MIG. ¡En mí apoyaos!

LEO. ¡Rugiero!...

RUG. ¡Adiós!

LEO. ¡Adiós!

MIG. O rompo mis cinceles
ó vuelvo vencedor.

CORO ¡Paso, paso á Miguel Angel!
¡Paso, paso á una beldad!
Algo grave se prepara.
¿Qué será, qué no será?

(Leonor, apoyada en Miguel Angel, sale con éste de escena.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos LEONOR y MIGUEL ANGEL

MAR. En marcha, pues,
la procesión.
CORO En marcha, pues,
sin dilación.
(Colocan la estátua en unas andas.)
MAR. Es especial
mi situación,
á mi rival
tengo aversión,
y por mi mal
llevo el pendón
en su triunfal
coronación.
Vaya marchando
la procesión.
CORO Vaya marchando
la procesión.
Al templo la escultura
llevemos sin tardar;
en breve un nuevo genio
Florencia contará.

(Todos salen de escena arrastrando entre el tropel á Rugiero y Paolo.)

MUTACION

Interior de la catedral, adornada é iluminada brillantemente para la ceremonia de la coronación

ESCENA XVIII

Al hacerse la mutación empieza á oirse fuera la marcha acompañada de vítores y aplausos. Poco á poco va acercándose, y empieza á entrar en el templo la procesión en la forma siguiente: banda de música: un paje llevando sobre un almohadón el laurel de oro: el MARQUÉS, con la bandera nacional: fraile y dos monagnillos, con un estandarte: un caballero y dos pajes con otro: caballeros, reyes de

armas, la estátua conducida en andas; el palio, debajo del cual viene RUGIERO apoyado en PAOLO: sacerdotes, pueblo con banderas, etcétera, etc. La comitiva se coloca convenientemente repartida por las naves de la catedral y formando semicírculos: al terminar la marcha sale MIGUEL ANGEL conduciendo á LEONOR de la mano. Trémolo en la orquesta

MIG. Vítor al genio que gana
del arte la preeminencia,
y al que dos glorias hermana.
Oye, pueblo de Florencia,
la voluntad soberana:
Si inmolan ante el deber
con abnegación notoria,
un padre á la que dió el sér,
su buen nombre una mujer,
y un gran artista su gloria;
hoy, clemente el soberano,
á esos tres séres redime.
(Toma á Leonor por la mano y la conduce al lado de Rugiero.)
Vuestra es, Rugiero, esta mano.
¡Loor al genio sublime,
honra del suelo italiano!

RUG. (A Leonor.) Para ser digno de amarte,
corrí del laurel en pos.

LEO. Tu triunfo mi amor comparte.

PAOLO ¡Son felices!

RUG. ¡Gloria al arte!

MIG. ¡Gloria al genio! (Cogiendo la corona.)

RUG. (Arrodillándose.) ¡Gloria á Dios!
(Miguel Angel corona á Rugiero, colocándose en medio de él y Leonor Fuerte en la orquesta y telón pausado.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de ambas Administraciones.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.